

**El Asalto al Cuartel Moncada
y sus Consecuencias***

CATALOGADO

Por Raúl Castellanos F.

He sido invitado por el Departamento de Extensión Universitaria a venir aquí en esta fecha a dictar una charla sobre el Asalto al Cuartel Moncada y sus Consecuencias. Esto me da la oportunidad de cumplir con el deber revolucionario de rendir homenaje a la Cuba Socialista y su trascendental proceso transformador.

Se ha dicho con razón que, después de la revolución independentista de principios del siglo pasado, la Revolución Cubana es "el hecho histórico más importante de la historia social latinoamericana". En efecto, la Revolución Cubana ha venido a partir en dos la historia de nuestro Continente en este siglo. A este respecto debe reconocerse que se puede no ser un simpatizante de la Revolución Cubana, que se puede, inclusive, ser su enemigo, pero que no se puede en ningún caso ignorar su importancia y su significación histórica en escala internacional.

La Revolución Cubana ha transformado la estructura social y económica de un Estado de siete millones de habitantes, pero además está presente en estos momentos en una multitud de acontecimientos que se registran a lo largo y lo ancho de la América Latina y que tienden a cambiar definitivamente la faz de nuestro Hemisferio. Bien haremos, por tanto, en esta ocasión, en referirnos, aunque sea superficialmente, a todos esos diversos aspectos de la cuestión. Mas para comprender mejor los hechos, desentrañar su raíz y hacernos una cabal idea de su desarrollo, lo primero es remitirnos al suceso histórico del Asalto al Cuartel Moncada, en 1953, cuyo aniversario es precisamente el que se celebra en esta fecha.

Han transcurrido catorce años desde aquellos sucesos y es posible que ya no todos tengamos claro en la memoria lo que entonces ocurrió y la importancia de lo que entonces ocurrió. Digamos, pues, de una vez, que en 1953 Cuba era uno de tantos países latinoamericanos aplastados bajo la bota de la tiranía militar y la opresión imperialista. El Cuartel Moncada, situado en las afueras de Santiago de Cuba, era la segunda fortaleza militar de la isla, después del Campamento de Columbia, que estaba en La Habana. En cuanto a Fidel Castro, era un joven abogado de 26 años de edad, que apenas hacía tres años, en 1950, había obtenido su título de Doctor.

(*) Conferencia dictada en el Auditorium de la Facultad de Derecho de la Universidad de El Salvador el 26 de julio de 1967.

Ya pocas semanas después del golpe de Estado de Fulgencio Batista, dado el 10 de marzo de 1952, Fidel Castro se había presentado ante el Tribunal de Urgencia de La Habana con un escrito en el que demostraba que Batista y sus cómplices habían violado diversos artículos del Código de Defensa Social, por lo que pedía se les sentenciase a un total de 108 años de cárcel. En tono categórico, Fidel Castro decía en uno de los párrafos de su escrito: “La lógica me dice que si existen tribunales en Cuba, Batista debe ser sancionado, y si Batista no es sancionado y continúa como dueño del Estado, Presidente, Primer Ministro, Senador, Mayor General, Jefe Militar y Civil, Poder Ejecutivo y Poder Legislativo, dueño de vidas y tierras, entonces no existen tribunales, han sido suprimidos. ¡Terrible realidad! De ser cierto, decidlo lo antes posible, colgad vuestras togas y renunciad a vuestros puestos”

Desde luego, aquél no pasó de ser un valiente gesto personal de Fidel Castro. La tiranía, impuesta por el imperialismo norteamericano, apoyada por las clases más reaccionarias que se empeñaban en perpetuar indefinidamente su poder, y encabezada por la casta militar de Cuba, no se estremeció en lo más pequeño y siguió adelante con sus planes de profunda represión contra el pueblo, inclusive haciendo proyectos para dejar a Batista por un largo período al frente del gobierno.

Fidel llegó así, prontamente, a la conclusión de que para enfrentarse a la tiranía militar y cambiar de verdad las cosas en su país, no quedaba otro camino que el de recurrir a la insurrección armada. Comenzó entonces, con toda intensidad, los preparativos. Reunió a un grupo de voluntarios y, todos juntos, se dedicaron a adiestrarse en el uso de las armas y a obtener los recursos económicos, para comprar armas y municiones. Después de un año de actividad, el grupo estaba ya listo. Lo formaban unos 200 hombres y dos mujeres, casi todos muy jóvenes. El plan trazado consistía en atacar el Cuartel Moncada, en Santiago de Cuba.

El propósito que se tuvo con el ataque al Moncada fue sorprender a los mil soldados allí acuartelados, apoderarse de sus armas y después hacer un llamamiento por las radiodifusoras para que el pueblo cubano apoyase el movimiento rebelde contra el dictador. El 26 de julio, en la madrugada, se realizó el ataque. Aunque en algunos aspectos el plan formulado pudo cumplirse, en otros fue un fracaso y tuvieron registro también algunos reveses de la suerte. El asalto fue rechazado a sangre y fuego. Algunos de los rebeldes fueron muertos allí mismo y los demás obligados a huir, aunque posteriormente también muchos de ellos fueron capturados y asesinados a sangre fría. Fidel Castro, su hermano Raúl y 120 personas más, algunas de ellas que nada habían tenido que ver con el asalto al Moncada, fueron retenidos en prisión para ser sometidos a proceso por los tribunales batistianos.

De esta manera, el asalto al Cuartel Moncada terminó en una derrota para sus autores. Pero fue una derrota momentánea. La lucha de los rebeldes siguió adelante y hubo de librarse, en el acto siguiente, en la propia sala del tribunal encargado de juzgarlos. La defensa hecha allí por Fidel Castro y que posteriormente se publicó como documento con el título de “La Historia me Absolverá”, pertenece a la historia de Cuba y a la historia de la lucha de los revolucionarios de todos los países.

Reproducir solamente ese alegato es algo que ocupa y merece un espacio aparte. Pero recordar por lo menos algunos breves pasajes suyos es indispensable. De ese alegato diría años después el escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada que “es la Apología de Sócrates, el Iconoclasta de Milton y la Auto-defensa de Gandhi, a un tiempo” (1).

“No fue nunca nuestra intención —explicó Fidel en uno de sus párrafos— luchar con los soldados del regimiento, sino apoderarnos por sorpresa del control y de las armas, llamar al pueblo, reunir después a los militares e invitarlos a abandonar la odiosa bandera de la tiranía y abrazar la de la libertad; defender los grandes intereses de la nación y no los mezquinos intereses de un grupito; virar las armas y disparar contra los enemigos del pueblo, y no contra el pueblo, donde están sus hijos y sus padres; luchar junto a él, como hermanos que son, y no frente a él, como enemigos que quieren que sean; ir unidos en pos del único ideal hermoso y digno de ofrendarle la vida, que es la grandeza y felicidad de la Patria ”

Enseguida, Fidel hacía alusión a las posibilidades de éxito que se había considerado para el asalto al Moncada, explicando que esas posibilidades se basaban en razones de orden técnico y militar y también en razones de orden social. Expuso, a propósito, una tesis que ha sido y sigue siendo base del pensamiento revolucionario cubano. Dijo textualmente: “Se ha querido establecer el mito de las armas modernas como supuesto de toda imposibilidad de lucha abierta y frontal del pueblo contra la tiranía. Los desfiles militares y las exhibiciones aparatosas de equipos bélicos, tienen por objeto fomentar este mito y crear en la ciudadanía un complejo de absoluta impotencia. Ningún arma, ninguna fuerza es capaz de vencer a un pueblo que se decide a luchar por sus derechos. Los ejemplos históricos pasados y presentes son incontables”.

Fidel habló allí mismo de los problemas claves de Cuba y de las soluciones revolucionarias que a los mismos correspondían. Sobre esto es necesario fijar la atención, porque allí precisamente aparecen ya apuntadas las transformaciones que con el tiempo habrán de realizarse en el país.

Señaló, a propósito, que las razones en que se había basado el asalto al Cuartel Moncada para esperar su éxito eran también de orden social, porque los rebeldes tenían justamente la seguridad de contar con el pueblo, y puntualizó a continuación. “Cuando hablamos de pueblo no entendemos por tal a los sectores acomodados y conservadores de la nación, a los que viene bien cualquier régimen de opresión, cualquier dictadura, cualquier despotismo, postrándose ante el amo de turno hasta romperse la frente con el suelo. Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla, generación tras generación; la que ansía grandes y sabias transformaciones de todos los órdenes y está dispuesta a dar, para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre ”

Fidel Castro habla de que el pueblo ansía “grandes y sabias transformacio-

(1) “Imágenes de Fidel Castro”, incluido en el libro “Mi Experiencia Cubana”, Montevideo, 1965.

nes de todos los órdenes”, y él mismo se encarga más adelante de señalar que los problemas fundamentales de Cuba son el de la tierra, el de la industrialización, el de la vivienda, el del desempleo, el de la educación y el de la salud del pueblo, subrayando que en caso de haber triunfado en la acción del Moncada, esas eran las seis cuestiones a cuya solución se habrían encaminado los esfuerzos de los revolucionarios, “junto con la conquista de las libertades públicas y la democracia política”

En todo caso, Fidel, hablando ante sus jueces, no considera definitivamente frustrada la lucha emprendida y por el contrario le señala a ésta vías y objetivos. Habla entonces de esta manera: “Un gobierno revolucionario, con el respaldo del pueblo y el respeto de la nación, después de limpiar las instituciones de funcionarios venales y corrompidos, procedería inmediatamente a industrializar el país” “Un gobierno revolucionario —añade—, después de asentar sobre sus parcelas con carácter de dueños a los cien mil agricultores pequeños que hoy pagan rentas, procedería a concluir definitivamente el problema de la tierra, primero: estableciendo, como ordena la Constitución, un máximo de extensión para cada tipo de empresa agrícola, segundo: repartiendo el resto disponible entre las familias campesinas con preferencia a las más numerosas, fomentando cooperativas de agricultores”, etcétera. “Un gobierno revolucionario —afirma también— resolverá el problema de la vivienda rebajando resueltamente el cincuenta por ciento de los alquileres, eximiendo de toda contribución a las casas habitadas por sus propios dueños, triplicando los impuestos sobre las casas alquiladas, demoliendo infernales cuarterías para levantar en su lugar edificios modernos de muchas plantas y financiando la construcción de viviendas en toda la Isla en escala nunca vista, bajo el criterio de que, si lo ideal en el campo es que cada familia posea su propia parcela, lo ideal en la ciudad es que cada familia viva en su propia casa o apartamento .”

Para terminar, Fidel se expresa de esta manera:

“Señores Magistrados: Yo soy aquel ciudadano humilde que un día se presentó inútilmente ante los tribunales para pedirles que castigaran a los ambiciosos que violaron las leyes e hicieron trizas nuestras instituciones, y ahora, cuando es a mí a quien se acusa de querer derrocar este régimen ilegal y restablecer la Constitución legítima de la República, se me tiene 76 días incomunicado en una celda, sin hablar con nadie, ni siquiera a mi hijo; se me conduce por la ciudad entre dos ametralladoras de trípode, se me traslada a este hospital para juzgarme secretamente con toda severidad y un fiscal con el Código en la mano, muy solemnemente, pide para mí 26 años de cárcel.

“Me diréis que aquella vez los Magistrados de la República no actuaron porque se los impedía la fuerza; entonces, confesadlo: esta vez también la fuerza os obligará a condenarme. La primera no pudisteis castigar al culpable; la segunda, tendréis que castigar al inocente. La doncella de la justicia, dos veces violada por la fuerza.

“Termino mi defensa, pero no lo haré como hacen siempre todos los letrados, pidiendo la libertad del defendido; no puedo pedirla cuando mis compañeros están sufriendo ya en Isla de Pinos ignominiosa prisión. Enviadme junto a ellos a compartir su suerte, es concebible que los hombres honra-

dos estén muertos o presos en una República donde está de Presidente un criminal y un ladrón.

“En cuanto a mí, se que la cárcel será dura como no lo ha sido nunca para nadie, preñada de amenazas, de ruín y cobarde ensañamiento, pero no la temo, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida a setenta hermanos míos. CONDENADME, NO IMPORTA, LA HISTORIA ME ABSOLVERA”

Estos son los párrafos del largo discurso de defensa de Fidel Castro, que juzgué indispensable citar aquí. Sirven para conocer mejor los objetivos políticos perseguidos por quienes realizaron la hazaña de asaltar el Cuartel Moncada, desafiando así el terror de la tiranía de Batista. Revelan también esos párrafos, la extraordinaria figura de Fidel Castro: su entereza de carácter, su visión política, su ímpetu revolucionario, su valor civil, su recia contextura de dirigente. Desde aquel momento, un dirigente nuevo y prestigioso había surgido ante los ojos del pueblo cubano.

En cuanto se refiere a la acción del Moncada, hay que decir que no fue en su momento justamente comprendida por todos. Hubo errores de apreciación en los mismos círculos de revolucionarios, dentro de Cuba y fuera de Cuba. Se le juzgó por muchos como una pura aventura juvenil, descabellada en su planeamiento e injustificada en sus propósitos. Sólo el tiempo permitió aclarar las cosas y ponerlas en su sitio. Se llegó entonces a comprender, sobre la base de señalamientos como el de Raúl Castro, que en alguna ocasión declaró: “Aquel no fue un “putsch” que tuviera el propósito de buscar un triunfo fácil sin masas; fue una acción de sorpresa para desarmar al enemigo y armar al pueblo, a fin de emprender con éste la acción revolucionaria armada”, se llegó a comprender —decía— que en realidad el 26 de Julio de 1953 significó un triunfo estratégico e inició un trascendental cambio de calidad en la situación política cubana. El propio Partido Socialista Popular, nombre usado por el Partido Comunista de Cuba, se encargó posteriormente de valorar así lo sucedido:

“¿En qué consistió el triunfo estratégico del asalto al Cuartel Moncada y qué cambio de calidad inició en la situación cubana de entonces? El triunfo estratégico y el inicio del cambio de calidad en la situación cubana de entonces consistieron en que el asalto al Cuartel Moncada, primero, elevó a la escena política nacional un grupo joven de dirigentes, partidarios decididos de la acción y de la ideología revolucionaria; segundo, levantó la voluntad de la acción armada como medio de deshacerse de la tiranía y, tercero, ante la acción revolucionaria la tiranía se despojó de la careta, recurrió al crimen despiadado y tomó, como base principal de su mantenimiento, la intensificación del terror y de la represión más crueles y sangrientos” (2).

Por cierto que la primera víctima del terror y la represión de la tiranía fue justamente el Partido Socialista Popular, que se había destacado como un vigoroso partido proletario con importantes acciones al frente de las masas. Desde el mismo 26 de Julio, Batista impuso la más dura ilegalidad a los comunistas cubanos. El propósito era asestarles un golpe demoledor, paralizar-

(2) Informe aprobado por la VIII Asamblea Nacional del Partido Socialista Popular, La Habana, Agosto de 1960.

los y destruir su organización, pero esto no fue conseguido y, por el contrario, el Partido Socialista Popular, con gran esfuerzo y grandes sacrificios, multiplicó su lucha en la clandestinidad, para la cual se había preparado ya adecuadamente.

En el juicio contra los héroes del Moncada, Fidel Castro fue sentenciado a 15 años de cárcel, Raúl a 13 años, y los demás a condenas más cortas. No obstante, estas sentencias no fueron cumplidas. La presión popular terminó obligando a Batista a ordenar la libertad de aquel grupo de indóciles presos políticos en mayo de 1955, o sea casi dos años después de la gloriosa acción de Santiago de Cuba.

Viene después el exilio voluntario a México y la preparación de una nueva forma de lucha: la lucha guerrillera. Esos preparativos se llevan más de un año, casi hasta las postrimerías de 1956. Un total de 82 hombres se embarcan a finales de noviembre en el yate "Grama" Poco después del desembarco, a principios de diciembre, los soldados de la tiranía los descubren y los atacan, liquidando a la mayoría y capturando también a varios de ellos. Al Pico Turquino, en lo más alto de la Sierra Maestra, únicamente consiguen llegar doce hombres, encabezados por Fidel. Son esos doce hombres los que se enfrentan a cincuenta mil soldados pesadamente armados por los Estados Unidos. Pero nada logra detener al movimiento rebelde, que cuenta con la simpatía y el apoyo de otras fuerzas revolucionarias y de todo el pueblo. Fidel llega a hacer suya, como lo dijo a la nación en una transmisión radial hecha desde la Sierra, en agosto de 1958, la frase de José Martí: "Lo que importa no es la cantidad de armas en mano, sino el número de estrellas en la frente"

Al final, habría de ser derrotado el ejército, habría de ser derrocada la tiranía y habría así de infligírsele al imperialismo norteamericano su primera gran derrota militar y política en el Continente. Aunque, por supuesto, para llegar a tal punto culminante hubo que pasar por un período de dos años de lucha dura y sangrienta. Una lucha que costó al pueblo cubano 20 mil vidas sacrificadas por la tiranía. Una lucha que comprendió los esfuerzos en la Sierra y en el llano. Una lucha en la que fue indispensable que las acciones decisivas en la montaña se vieran apoyadas por la movilización de las masas en las ciudades. Una larga lucha armada, en fin, en la que la guerrilla inicial se desarrolló hasta convertirse en Ejército Rebelde, principal instrumento éste último de la derrota de la tiranía y del establecimiento del poder revolucionario.

Lo que viene después del triunfo es otra empresa de enormes proporciones: el cumplimiento desde el poder de las grandes aspiraciones del pueblo, la aplicación de las profundas soluciones exigidas por los graves problemas nacionales, en una palabra, la transformación revolucionaria del país entero. Comienza entonces a aplicarse el "Programa del Moncada", contenido en el alegato de Fidel, "La Historia me Absolverá"

Llegados a este punto y antes de seguir adelante, me parece necesario decir concretamente algunas cosas, tratando de hacer un resumen de la etapa cubierta hasta el momento de la huida de Batista y el triunfo de la revolución en armas.

Hay dos hechos, sobre todo, de particular importancia: el primero, que fue la lucha armada la que en esa etapa se desarrolló como el medio decisivo para derrocar a la tiranía y establecer el poder revolucionario; y el segundo, que fue a Fidel Castro a quien correspondió el mérito histórico de haber comprendido el papel que esa lucha armada debía jugar y de haberse dedicado personalmente, con una tenacidad ejemplar, a preparar, organizar y luego desarrollar esa forma de la lucha para abrirle el camino a la revolución.

Mientras otras fuerzas políticas llamadas de oposición se dedicaban, de una manera o de la otra, a hacerle el juego a los planes de la tiranía; y mientras otras fuerzas revolucionarias, incluidos los comunistas, habían reconocido correctamente la necesidad de que las luchas de masas se desarrollaran hasta alcanzar el grado de luchas armadas, pero no llegaron a tomar iniciativas prácticas para preparar y emprender ese camino, Fidel recurrió en forma directa al uso de las armas, y cuando fracasó en el Moncada y muchos de sus compañeros fueron muertos, y él y otros varios pararon en la cárcel, no por eso desistió de sus propósitos y en cuanto recobró la libertad, como hemos visto, se fue a México para preparar en otra forma la lucha armada y de allá regresó con un grupo expedicionario que, aunque diezmado en el primer momento, inició la lucha guerrillera y persistió en ella a pesar de todas las penalidades, obtuvo el apoyo de las masas en las ciudades y en los campos, y finalmente triunfó sobre la tiranía.

Este mérito histórico de Fidel Castro es va indiscutible y conforme pasan los tiempos no hace sino afirmarse y crecer.

Pero sin disminuir en nada lo afirmado, se vuelve indispensable también decir que si con el asalto al Cuartel Moncada se inicia una fase de la lucha revolucionaria que, más tarde, se perfilaría como una fase definitiva, la lucha revolucionaria no comenzó realmente en Cuba el 26 de Julio de 1953. Por años y décadas hubo en la Isla una formidable y persistente lucha de masas que no fue de ninguna manera estéril, no, sino que por el contrario preparó en muchos aspectos las condiciones necesarias para que luego la lucha armada pudiera surgir cuando era obligado que surgiera, y pudiera extenderse con éxito. Aquella lucha de masas, además, aquella lucha de las masas de obreros, campesinos y estudiantes cubanos, se tradujo en serios avances de la conciencia revolucionaria de todo el pueblo, sirvió al desarrollo político y organizativo de los sectores más avanzados, y preparó a estos para las grandes transformaciones revolucionarias que, a partir de 1959, debían con su propia y directa participación convertir en realidad desde las posiciones del poder conquistado.

Lo importante es, viendo todo el proceso en su conjunto y como diría Blas Roca, (3) que "en el curso de la larga y sangrienta lucha contra la tiranía la mayoría del pueblo se hizo consciente de la idea de que no bastaba derrocar a ésta, que no bastaban los cambios políticos, que hacían falta también los cambios económicos y sociales, la destrucción del régimen de sometimiento al imperialismo y de la estructura económica semicolonial, latifundista capitalista en que se asienta"

Así las cosas, al triunfo de la revolución el 1º de Enero de 1959, los

(3) "Los Fundamentos del Socialismo en Cuba" edición de 1960, La Habana.

imperialistas norteamericanos y la oligarquía cubana —integrada por los latifundistas, magnates azucareros y demás explotadores— habrían querido, y de hecho lo intentaron, así como lo habían impuesto con éxito en muchas ocasiones del pasado, que la acción popular se limitara a los cambios de las primeras figuras en el gobierno y a algunos otros cambios administrativos, pero evitando, como dice el mismo Blas Roca, “que se fuera al fondo de los problemas, a las verdaderas causas de los males políticos, económicos y sociales de nuestro país” (4).

Sin embargo, los acontecimientos marcharon de muy distinta manera. Desde casi los primeros momentos, se hizo sensible el impulso revolucionario del nuevo régimen, traduciéndose ello en la realización de distintas transformaciones, más o menos profundas, o mejor dicho, cada vez más profundas, a medida que el proceso fue avanzando.

Las transformaciones fundamentales emprendidas por el gobierno de la Revolución comenzaron a operarse, en efecto, en aquel primer año de 1959, en cuatro terrenos principales: la estructura agraria, la industria, la educación y la vivienda. Pero —subrayamos— principalmente en materia agraria. El hecho más trascendental fue ciertamente la aplicación, en los meses de mayo y junio, de la Reforma Agraria, y esto llevó de modo directo al gobierno cubano a intervenir todas las grandes propiedades, muchas pertenecientes a monopolios norteamericanos y otras a latifundistas cubanos.

Estas transformaciones, a su vez, fueron posibles, sobre la base de dos medidas cruciales que la Revolución había puesto en práctica desde el principio: la destrucción de todo el aparato del gobierno de la tiranía, y la disolución de las fuerzas armadas de la misma tiranía para crear en su lugar unas fuerzas armadas nuevas, con un espíritu nuevo, completamente al servicio de las aspiraciones populares.

Hubo asimismo otra medida decisiva del régimen revolucionario y fue la destrucción del dominio político ejercido hasta entonces por el imperialismo norteamericano a través de autoridades locales que siempre le estuvieron subordinadas.

Hasta qué punto se había ejercido tradicionalmente en Cuba ese dominio político del imperialismo, se encargó de explicarlo más tarde un diplomático norteamericano, Earl T. Smith, que fuera embajador en La Habana durante los últimos tiempos de Batista y hasta poco después del triunfo de la Revolución. En una declaración prestada ante un sub-comité del Senado norteamericano en agosto de 1960, el diplomático dijo: “Hasta el advenimiento de Castro, los Estados Unidos eran tan abrumadoramente influyentes en Cuba, que el embajador norteamericano era el segundo hombre en importancia en el país y algunas veces aún más importante que el propio presidente de Cuba. Esto era debido a la posición que los Estados Unidos tenían en esa nación. Hoy, su importancia no es muy grande”

Durante toda la primera fase de la revolución en el poder, las características de ésta, de acuerdo con sus realizaciones, fueron las de una revolución

(4) Obra citada.

agraria y anti-imperialista, esto es una revolución democrático-burguesa en las condiciones de un país semi-colonial. En aquel mismo momento, los marxistas cubanos calificaron a la revolución como “una revolución popular avanzada, una revolución patriótica y democrática, nacional liberadora y agraria”

Por supuesto, las medidas verdaderamente revolucionarias del nuevo gobierno asustaron a la reacción, tanto dentro de Cuba como fuera de Cuba. Fidel Castro llegó a decir que ciertos dirigentes de la burguesía “querían revolución, pero no tanta”, y utilizando otras palabras los acusó también de desarrollar presiones para que la revolución aplicara medidas que no pasaran de ser, según su frase, “curitas de mercurio-cromo”

El 20 de enero de 1960, o sea casi exactamente un año después del derrocamiento de Batista, el presidente Dwight Eisenhower tuvo a bien declarar que los Estados Unidos no intervendrían en Cuba y dijo reconocer expresamente —y estas fueron sus palabras textuales— “el derecho del pueblo y del gobierno de Cuba, en el ejercicio de su soberanía nacional, a emprender las re formas sociales, económicas y políticas que pudieran crear deseables”

No obstante, esas no fueron sino palabras insinceras, por llamarlas de la manera más suave. La verdad es que ya desde el otoño de 1959 el gobierno de los Estados Unidos, por decisión personal del mismo Eisenhower y utilizando la maquinaria de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), había comenzado a planear una agresión contra Cuba, la que con el tiempo se materializaría en el malhadado desembarco de Playa Girón.

De la misma manera, la CIA comenzó a dirigir y a alentar diversos actos de carácter contrarrevolucionario en forma de terror y sabotaje. Pero en aquel momento, la agresión del imperialismo pasó a desarrollarse sobre todo en el terreno económico. Una serie de acciones se sucedieron rápidamente las unas a las otras, negándose las compañías petroleras establecidas en Cuba a refinar el petróleo soviético importado por el gobierno, suspendiendo el Congreso de los Estados Unidos las compras de azúcar cubana durante 1960, aplicando una prohibición a todas las exportaciones a Cuba, con excepción de medicamentos y ciertos alimentos, y finalmente cancelando por completo la cuota azucarera asignada a Cuba.

Lo interesante fue que estas medidas del imperialismo, en lugar de hacer ceder a la revolución, contribuyeron a lanzarla por un rápido camino de radicalización. El gobierno revolucionario, en efecto, se mostró ágil y enérgico en responder a cada una de las agresiones norteamericanas y también a las acciones de colaboración con el imperialismo por parte de la reacción interna, con medidas que significaron, como decimos, todo un nuevo camino para la revolución. Fue así cómo en agosto de 1960 se dictó la nacionalización de las grandes empresas norteamericanas (centrales azucareros, teléfonos, electricidad, bancos, etc.), y en octubre del mismo año nuevas leyes nacionalizadoras eliminaron por completo la gran propiedad industrial de Cuba, correspondiente tanto a cubanos como a norteamericanos. La razón de estas acciones del gobierno revolucionario cubano y el límite que las mismas tendrían en el futuro, los definió, por ello, el comandante Ernesto Guevara, en noviembre de 1960, declarando a una corresponsal de la revista norteamericana “Look”.

“Lo que tenemos por delante depende mucho de los Estados Unidos.

Con la excepción de nuestra reforma agraria, que el pueblo de Cuba deseaba e inició él mismo, todas nuestras medidas radicales han sido una respuesta directa a las agresiones perpetradas por los poderosos monopolios, de los cuales vuestro país es el principal exponente. La presión de Estados Unidos sobre Cuba forzó el "radicalismo" de la Revolución. Para conocer hasta dónde llegará Cuba, habría que saber primero hasta dónde se propone llegar Estados Unidos"

La verdad es que por semejante camino la radicalización siguió acentuándose y la revolución llegó pronto muy lejos. Pocos meses después, en abril del año siguiente, y como respuesta a la agresión aérea norteamericana que precedió al desembarco de Playa Girón, Fidel Castro proclamaría ante una enorme muchedumbre el contenido socialista de la revolución encabezada por él. Me parece que aquí hay que plantear algunas preguntas que suenan oportunas: ¿Fue ésa una declaración arbitraria de Fidel Castro? ¿Fue una respuesta caprichosa o de valor puramente político ante la agresión armada del imperialismo? ¿Qué relación podía existir entre aquella proclamación y el proceso inmediatamente anterior de la Revolución Cubana? ¿Qué relación podía existir entre el proclamado nuevo carácter socialista de la Revolución y los ya lejanos propósitos que inspiraron el asalto al Cuartel Moncada en 1953? La respuesta a estas interrogaciones requiere un desarrollo especial, que aquí sólo puedo hacer en forma condensada. Es necesario, para ello, que me apoye en las previsiones y testimonios de firmas autorizadas que observaron de cerca, desde sus inicios, el desenvolvimiento de la Revolución Cubana.

El sociólogo norteamericano Wright Mills escribió después de Playa Girón, en 1961, respondiendo a la pregunta de "¿Hasta qué punto Castro ha traicionado a la Revolución Cubana?" "Mi opinión es que se trata de una acusación sin sentido. Todas las revoluciones atraviesan diversas etapas. Muchos de los que aceptan la primera fase, y generalmente gran cantidad de gente lo hace, no pueden aceptar la segunda o la tercera. Éstos siempre hablan de "traición" (5)"

El mismo Mills había escrito un año antes, en 1960, después de una visita a Cuba que aprovechó para estudiar intensamente el fenómeno revolucionario en marcha: "La revolución es una manera de definir la realidad. La revolución es una manera de cambiar la realidad, y de cambiar las definiciones de la realidad. La revolución cubana es un gran momento de veracidad" (6).

Otros dos autores norteamericanos, Leo Huberman y Paul M. Sweezy, dijeron con sus propias palabras algo parecido, también después de visitar Cuba en 1960: "Una revolución es un proceso, no un suceso. Se desenvuelve por etapas y fases. No se detiene nunca. Lo que hoy es cierto de la Revolución mañana puede ser incierto, o viceversa. Es imposible hacerle justicia a la realidad a través de la descripción y el análisis, y siempre existe el peligro de que puedan adulterar la realidad" (7).

Estas opiniones, formuladas en los mismos momentos en que a la Revo-

(5) "Escucha otra vez, yanqui: 1961"

(6) "Escucha, yanqui" 1960.

(7) "Cuba. Anatomía de una Revolución"

lución Cubana le tocaba enfrentar los primeros zarpazos de la reacción interna y del imperialismo, resultan válidas para explicar y justificar el proceso revolucionario en su conjunto. Hacen luz sobre el hecho de que la Revolución Cubana, en la medida en que fue conducida firmemente y sin claudicaciones por su equipo de dirección, logró acumular las fuerzas necesarias para derrotar las maquinaciones enemigas y pasar a etapas superiores de desarrollo. La fase socialista proclamada por Fidel aparece entonces, no va como una "traición" a los postulados del Programa del Moncada, sino al contrario como su prolongación consecuyente. Ya hemos dicho que la aplicación práctica de esos postulados significó el desarrollo de una revolución agraria y antiimperialista y, de la misma manera, el pleno despliegue de ésta tuvo que conducir ni más ni menos que a la revolución socialista.

Es interesante recordar que ya en 1960 los citados Huberman y Sweezy opinaban (8) que "la nueva Cuba es una Cuba socialista", explicando que aunque no todos, ni siquiera la mayoría, de los medios de producción fueran de propiedad colectiva, el sector "dinámico" y abrumadoramente decisivo de la economía cubana era ya el sector público, en tanto que tendía a reducirse rápidamente la importancia relativa del sector privado.

Para aquel momento, la Ley de Reforma Agraria de 1959 había nacionalizado y trasladado a poder del Estado casi el 50 por ciento de las propiedades agrarias y, por lo que se refiere a la industria y el comercio, la nacionalización había girado sólo en torno de las ganancias mal habidas de los batistianos. La tendencia en la práctica misma, en todo caso, era a acentuar el proceso socializador. Dirigentes como Blas Roca, ya advertían: "Sólo el avance constante de la revolución por los nuevos caminos del desarrollo económico, sin miedo a llegar al socialismo, o, más bien, avanzando hacia el socialismo, garantiza la soberanía nacional, la independencia económica y el ritmo rápido en la industrialización y la transformación, con ello, de toda la estructura creada por el régimen semicolonial" (9).

Para finales de 1960, las nuevas leyes extendieron extraordinariamente el área de la nacionalización hasta comprender todas las unidades capitalistas más grandes. Esto precisamente es lo que ha hecho decir a Carlos Rafael Rodríguez, Ministro y Presidente de la Comisión Nacional de Colaboración Económica y Científico-Técnica del gobierno de Cuba, que "las leyes nacionalizadoras de octubre de 1960 significaron el paso de cambio hacia el régimen socialista", y que si bien Fidel Castro no proclamó formalmente sino hasta en abril de 1961 el contenido socialista alcanzado por la revolución, "de hecho las bases de la estructura socialista de Cuba estaban ya completas a partir de aquella fecha de 1960 en que la eliminación de la burguesía industrial completaba la supresión de la gran propiedad agraria realizada en 1959" (10).

En síntesis, pues, la proclamación hecha por Fidel Castro correspondió al proceso de desarrollo de la revolución y a los cambios operados ya en la estructura económico-social del país, y contó inmediatamente con el apoyo conscien-

(8) Obra citada.

(9) "Los Fundamentos del Socialismo en Cuba"

(10) "La Segunda Reforma Agraria Cubana Causas y Derivaciones", artículo incluido en el libro "Reformas Agrarias en la América Latina", de Oscar Delgado, 1965.

te y entusiasta de los trabajadores y de todo el pueblo. La satisfacción de estos requisitos vino a ser factor decisivo para la marcha de la construcción del socialismo en Cuba. De no haber sido así, tal construcción no habría contado con las bases firmes indispensables, el socialismo habría sido una utopía irrealizable en Cuba y todo habría terminado pronto en un ruidoso fracaso.

A la par de lo anterior, no se puede dejar de decir que, desde luego, el surgimiento de un régimen socialista en Cuba, su desarrollo y su supervivencia, se explican porque existe ahora un sistema socialista en escala mundial. Los revolucionarios cubanos, con gran visión de su parte, con resolución extraordinaria, como lo hemos visto, hicieron avanzar su revolución de la fase democrático-burguesa a la fase socialista, y el país ha seguido progresando a base de grandes sacrificios y defendiendo sus conquistas también con las armas en la mano. Pero han sido la existencia de un sistema mundial socialista y particularmente la ayuda formidable de la Unión Soviética, en los terrenos económico, militar y diplomático, factores fundamentales para que el socialismo pudiera establecerse y siga desarrollándose victoriosamente en un pequeño país como Cuba, tan a la mano del imperialismo norteamericano.

Puede que sea exagerada y que suene injusta la aseveración del economista Paul A. Baran en el sentido de que "la Revolución Cubana nació con una cuchara de plata en la boca" (11). Mas al hablar de esa revolución y de sus éxitos —insisto— no se puede por supuesto olvidar el papel de vital importancia que ha jugado la fraternal asistencia del mundo socialista.

Desde el asalto al Cuartel Moncada, han transcurrido catorce años. Han sido catorce años plenos de historia para Cuba. Lo que se intentó iniciar el 26 de julio de 1953; lo que se emprendió ya firmemente con el desembarco del "Granma", a finales de 1956; lo que comenzó a traducirse en realizaciones desde el 1º de enero de 1959, a estas alturas es una verdad concreta, definitiva, namovible. De la revolución puede decirse, utilizando una expresión cubana, que "quedó" ya en Cuba.

La Revolución Cubana ha enfrentado tremendos problemas. ¡Qué duda cabe! Muchos de esos problemas se presentaron con características de "insolubles" y ofrecieron en incontables ocasiones la base "razonable" para que los enemigos de Cuba pronosticasen el fracaso inevitable del nuevo régimen. Mas de distinta manera es que han resultado las cosas. Conviene aquí que echemos aunque sea una ojeada muy general a las fundamentales realizaciones de la Revolución Cubana (12).

Por lo que hace a la Reforma Agraria, la ley de mayo de 1959 fue superada por una nueva ley promulgada el 3 de octubre de 1963. Con razón se habla de ésta como la Segunda Reforma Agraria Cubana. Se fijó desde en-

(11) "Reflexiones sobre la Revolución Cubana", 1960.

(12) Los datos que aparecen en los párrafos subsiguientes sobre las realizaciones de la Revolución Cubana están tomados de los siguientes documentos: "Realizaciones y perspectivas de la Revolución Cubana", conferencia pronunciada en 1964 por Joaquín Hernández Armas, Embajador de Cuba en México (Revista "Investigación Económica", Tercer trimestre de 1964, México, D.F.); Entrevista al Presidente Oswaldo Dorticos, por los mexicanos Víctor Flores Olea y Francisco López Cámara (Revista "Siempre", enero 18 de 1967, México, D.F.); "Los logros del pueblo cubano en educación", artículo de Gaspar García Gallo, Director del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana; "La Segunda Reforma Agraria Cubana. Causas y Derivaciones", artículo de Carlos Rafael Rodríguez; e Informe presentado por la Delegación de Cuba ante el XII Período de Sesiones de la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL), Caracas, Venezuela, 2 al 13 de mayo de 1967.

tonces en 67 hectáreas, y ya no en 400, el área máxima permitida a cada propietario. Desde el punto de vista de la estructura de la propiedad, de esa manera pasó a producirse la definitiva superioridad del sector estatal socialista sobre el sector privado, con proporciones del 70 y el 30 por ciento respectivamente. Es decir, que a estas alturas la agricultura cubana está socializada en un 70 por ciento del área cultivada, y sus unidades están constituidas por las granjas del pueblo y las granjas cañeras. La propiedad del 70 por ciento de la tierra en manos del Estado, significa, a la vez, un 70 por ciento de la producción global, aunque este último porcentaje, por razones especiales, deberá incrementarse con el transcurso del tiempo. El resto de la tierra está operado por un sector campesino compuesto de unos 150 mil agricultores llamados "pequeños propietarios", porque son los titulares de propiedades de 67 hectáreas o menos, los cuales están organizados en la llamada "Asociación Nacional de Agricultores Pequeños" (ANAP). Como dijo Fidel Castro al anunciar la nueva Ley de Reforma Agraria, de una parte el sector estatal y de otra los campesinos pequeños, aparecen como las dos formaciones sociales definitivas que integran desde entonces el campo cubano.

El incontestable predominio del sector socialista sobre el sector privado, dentro de la estructura de la propiedad agraria, se ha visto acompañado de otras realizaciones semejantes del régimen revolucionario en los diversos terrenos de la economía. Resulta así que el comercio al por menor está socializado en un 75 por ciento. El comercio al por mayor interno, así como el comercio exterior, corresponden en un 100 por ciento a la economía nacional. El ramo de la construcción está socializado en un 98 por ciento, el transporte terrestre en un 95 por ciento y el marítimo y aéreo en su totalidad. En la industria, más del 95 por ciento pertenece al sector estatal. Estos elevados índices de socialización han permitido al régimen pasar a planificar todo el desarrollo económico de la nación.

Definiendo la actual estrategia económica de Cuba, Carlos Rafael Rodríguez dijo en la reunión de la CEPAL efectuada en mayo de este año que la política de desarrollo del sector azucarero constituye, junto a la del desarrollo agropecuario, la espina dorsal del plan prospectivo de desarrollo económico de Cuba. Subrayó que la estrategia que se aplica consiste en "utilizar todos los recursos de la ciencia y la técnica para lograr, en un breve período de tiempo, la plena utilización del potencial agropecuario" Empero, esto no es sino la primera fase en la que se asigna al sector agropecuario un papel iniciador e impulsor del desarrollo, sin que ello signifique "una postposición indefinida de la industrialización básica" "Se advertirá, pues —añadió Carlos Rafael Rodríguez—, que lejos de ser abandonada la industrialización, ésta va avanzando, al par que el proceso agropecuario y que los recursos externos que de ésta surgen nos permitirán, en un momento ya cercano, no sin ayuda del financiamiento externo, situar a la industria en el centro de nuestros planes de desarrollo"

Esta orientación de la política económica de la revolución, representa una rectificación de los puntos de vista adoptados en los primeros años. En un principio se habló de realizar un proceso acelerado de industrialización y se propuso una diversificación indiscriminada de la agricultura, en la que estaban incluidos un desplazamiento de la producción cañera y un desarrollo de

la producción cerealista. Desde luego, esto suponía desmontar de caña miles de "caballerías", con el afán de incrementar los nuevos cultivos. Más tarde hubo de comprenderse que la diversificación agrícola es un largo proceso que no se puede festinar y que producir azúcar es, por lo tanto, la fuente principal que tiene Cuba para financiar su propio desarrollo general. Esto lo dijo Fidel en un discurso del 2 de enero de 1964 con las siguientes palabras: "El desarrollo de la industria en las condiciones nuestras, en esta primera etapa, va más lento y, en cambio, la agricultura puede desarrollarse más rápidamente. ¿Abandonar la industrialización? No, nosotros vamos a continuar y vamos a llevar a cabo la industrialización del país con los recursos que nos da el azúcar"

Sobre la base anterior, se adoptó un Plan Azucarero que se propone la producción para 1970 de un total de 10 millones de toneladas de azúcar. El programa de inversiones generales en el período 1964-70, en que se apoya ese plan, incluye una meta de 900 millones de pesos. En 1965 la producción de azúcar rebasó los 6 millones de toneladas. La cosecha de 1966, sin embargo, fue considerablemente menor, a causa de que el país sufrió durante 1965 la más grave sequía de este siglo y una de las peores que se conoce en toda su historia. Para 1967 se esperaba que la producción rebasase de nuevo los 6 millones de toneladas.

Al mismo tiempo, se ha impulsado varios cultivos industriales como el tabaco, el café y el algodón. Se ha intensificado grandemente la producción frutal. Los aumentos en la producción agrícola han sido posibles, en parte, por la aplicación masiva de fertilizantes y el empleo de sistemas mecanizados de producción.

La ganadería constituye la segunda base importante del desarrollo agropecuario. Algunos datos relevantes son éstos: a fines de 1965 el país contaba con 6 millones 700 mil cabezas de ganado bovino, que se espera aumentar a 10 millones de cabezas en un plazo breve. La técnica, por primera vez en Cuba, preside todo este desarrollo: el programa genético de mejoramiento racial, la inseminación artificial en gran escala, la organización del pastoreo rotativo y la introducción de leguminosas en los pastizales.

La producción de leche, que fue de 234 millones de litros en 1965 subió a 330 millones al año siguiente, sin contar el autoconsumo de las zonas rurales. La matanza durante 1966 fue de casi un millón de reses, con un tonelaje de carne de 315 mil toneladas métricas, 60 por ciento superior a la cifra de 1962 y ya superior a la de las épocas prerrevolucionarias. En el mismo año de 1966 se produjeron 1,019 millones de huevos, lo que supone una producción por habitante de 153

En cuanto se refiere al proceso de la industrialización, en la producción manufacturera han sido importantes los aumentos en la industria textil, de alimentos elaborados, de productos lácteos, del tabaco y del calzado. Se ha dado especial prioridad al desarrollo de dos industrias básicas sustitutivas de importaciones: la de fertilizantes y la de cemento. Se ha aumentado la producción de níquel y, a partir de 1970, se espera realizar otros programas industriales ambiciosos. La producción de acero pronto llegará a 350 mil tone-

ladas por año. La generación de energía eléctrica, que en 1958 fue de 1,900 millones de kilovatios-hora, en 1966 ascendió a 3,500 millones de kilovatios-hora, lo que representó un 84 por ciento de aumento. Por encima de estas cifras, lo más importante es que el desarrollo industrial cubano se está logrando pese al éxodo de los cuadros dirigentes de la anterior industria capitalista y al bloqueo impuesto por el imperialismo norteamericano.

El desempleo, que antes afectaba, en todo el país, a 700 mil personas, ha desaparecido en lo fundamental.

En opinión del Presidente Dorticós, los logros más visibles y espectaculares de la revolución se advierten en el terreno educativo y en el de la salud pública.

Por lo que hace a la educación, hay que recordar que, según el Censo de 1953, el año del asalto al Moncada, la población analfabeta de Cuba era de más de un millón de personas, representando el 24 por ciento de la población. En 1961, el Año de la Educación, de 980 mil analfabetos se logró alfabetizar a más de 700 mil personas, lo que equivale a un 72 por ciento del total, y actualmente sólo queda un poco más del 3 por ciento de la población sin alfabetizar. La matrícula en todos los niveles de la educación pasa de 2 millones de alumnos, mientras que en 1957-58 la cifra era apenas de 819 mil alumnos. El número de estudiantes en las escuelas superiores se ha duplicado. En los 11 institutos que ahora funcionan para la enseñanza tecnológica agraria hay inscritos casi 17 mil alumnos. Ya son conocidos, por lo demás, los avances de la educación obrero-campesina y las realizaciones en materia de enseñanza para adultos. Han proliferado también las escuelas de arte. Al iniciarse la estructura de una nueva sociedad, una sociedad socialista, se romó en consideración que con máquinas y fábricas, solamente, no se construye el socialismo sino que es preciso que los hombres que las manejan posean la técnica, la ciencia y la cultura más avanzadas. Sobre esta base se trazó conscientemente toda la estrategia educativa del Gobierno Revolucionario.

En cuanto al esfuerzo editorial de Cuba, totalmente renovado, es ilustrativo el dato de que, de julio de 1962 a julio de 1963, se editaron 900 títulos con un tirada de 25 millones de ejemplares. Estas cifras siguen ascendiendo

Por lo que concierne a la salud pública, he aquí algunos números: pese a la fuga de médicos que salieron de Cuba atraídos por los Estados Unidos, hay ahora en la Isla mil médicos más que en 1958, lo que da un índice de nueve médicos por cada 10 mil habitantes, que es el más alto de América Latina, con la sola excepción, tal vez, de Argentina. Si al triunfo de la revolución había unas 2 mil 500 personas encargadas de labores de enfermería, ese número se ha cuadruplicado y llega actualmente a las 10 mil. El total de hospitales en 1958 era de 89 en todo el país, sin una sola instalación rural, mientras que en 1966 llegó a 162 hospitales, de los cuales 46 se encuentran en las zonas rurales. Las camas de los hospitales también se han multiplicado: había 22 mil al inicio de la revolución, mientras que hoy las cifras alcanzan a 43 mil, de las que corresponden 1,300 a los hospitales rurales.

Resumiendo los avances conseguidos en ocho años de revolución y lo que los mismos han significado para el pueblo cubano, Fidel Castro decía en

enero de este año: “ Naturalmente, la revolución no ha hecho rica a la mayoría (del pueblo), pero ha mejorado extraordinariamente su nivel de vida. Se le ha garantizado asistencia médica en todo momento, se ha eliminado el analfabetismo, y se ha ofrecido oportunidades de estudio tanto a los niños como a los adultos. Se han construido decenas de miles de viviendas, así como numerosas carreteras, caminos, calles, parques y sistemas de acueductos y drenaje. Se ha proporcionado alimento, vestuario, atención médica, empleo pleno, en una palabra, todo lo que está a nuestro alcance para mejorar las condiciones de vida de esa vasta mayoría, aunque todo ello se ha conseguido a costa de la vida dispendiosa que una vez llevó aquí una pequeña minoría” (13).

Frente a todos estos éxitos y avances, nada han podido los círculos imperialistas de los Estados Unidos ni los contrarrevolucionarios cubanos, casi todos refugiados en el exilio. Podría decirse que cada vez se acentúa más el fracaso de los sueños de la reacción por dar marcha atrás a la rueda de la historia en la isla cubana. Llama la atención, a propósito, que prácticamente se ha dejado de hablar de la posibilidad de un levantamiento interno que derribe al régimen revolucionario, como si hubiera ya cesado toda confianza en esa perspectiva. Cada vez también parece que se confía menos en el éxito de un ataque armado desde el exterior. Esto fue reconocido recientemente, con amargura visible, por el Ministro de Defensa de Colombia, General Gerardo Ayerbe Cháaux, que según los cables de las agencias noticiosas norteamericanas dijo:

“Es cierto que el sistema interamericano se basa en la solidaridad contra la agresión a cualquiera de los países del Continente y en la solución pacífica de los conflictos que puedan surgir entre los estados americanos. Pero también es cierto que se ha respetado por principio fundamental de nuestro sistema regional la libre determinación. Por otra parte, no creo que en las actuales circunstancias exista en el Consejo de la OEA un criterio unánime para llegar a un acuerdo sobre la acción armada contra Cuba. Una acción armada contra Cuba podría tener consecuencias mundiales y no parece aconsejable por ahora”

El primero y el último intento serio hecho por el imperialismo para derribar con la fuerza de las armas al régimen revolucionario cubano, fue el ya mencionado desembarco en Playa Girón. Ya sabemos que los mercenarios que sobrevivieron a la aventura se rindieron en masa, menos de 72 horas después de haber desembarcado, y que luego públicamente confesaron gimiendo que a ellos la CIA los había engañado y los había “embarcado”. Con razón se diría enseguida que “los insidiosos esfuerzos de los Estados Unidos fueron derrotados en Bahía Cochinos, un lugar mal escogido, aunque provisto del nombre más adecuado”

Poco más de un año después, en octubre de 1962, surge la llamada “Crisis del Caribe”. Al enterarse la Unión Soviética de que los Estados Unidos preparan en toda forma una agresión directa contra Cuba, de acuerdo con el gobierno de este país instala en el territorio de la isla cohetes defensivos. Es la medida adecuada para ponerle alto a la mano agresora del imperialismo. Y la

(13) Entrevista con Lee Lockwood, corresponsal de la revista norteamericana “Playboy”, publicada en el número de Enero de 1967.

Unión Soviética retira sus cohetes hasta cuando el primer ministro, Nikita Jruschov, obtiene del presidente Kennedy la seguridad de que no se realizará, ni en ese momento ni más tarde, una invasión a Cuba. El tiempo se ha encargado de confirmar la correcta actitud asumida entonces por la Unión Soviética. Han transcurrido ya cinco años y los Estados Unidos, pese a la política de violencia que en escala internacional mantiene el Presidente Johnson, cuidan muy bien de respetar a Cuba. De esta manera sigue allí adelante la construcción del socialismo y se mantiene vivo y luminoso, para todos los pueblos latinoamericanos, el ejemplo de la Revolución Cubana.

En vista precisamente del ejemplo que desde sus inicios ofreció la Revolución Cubana a los pueblos latinoamericanos y para evitar que nuevas Cubas surgieran en el continente, los círculos monopolistas yanquis se apresuraron a adoptar medidas de carácter preventivo. Fue así cómo en 1961 fue lanzado por el Presidente Kennedy un programa espectacular: la llamada "Alianza para el Progreso", y anunciado como una verdadera carta de triunfo. En un momento en que las relaciones de Estados Unidos con Latinoamérica presentaban una agudización de sus contradicciones, el programa mencionado apareció como un esfuerzo de parte del imperialismo para conciliar su obtención de mayores ganancias, con la demagogia social y la apariencia de estar ayudando a nuestros pueblos. Pero los problemas fundamentales de estas naciones iban simplemente a tocarse por la superficie, o no se tocarían, y en muchos sentidos habrían de agravarse. Se comprende que el comandante Ernesto Guevara llamara desde el primer momento a la "Declaración de los Pueblos de América", base de la Alianza para el Progreso, "una declaración ampulosa, que no compromete a nada", y que Fidel Castro la señalara como "una tomada de pelo continental"

Seis años después de haber sido lanzado el plan del Presidente Kennedy, la realidad demuestra hasta la saciedad la justeza de las objeciones y críticas expuestas por los revolucionarios cubanos y de toda Latinoamérica. El plan propuso como tasa de crecimiento de la producción per-cápita, la del dos y medio por ciento al año, cuando menos. El comandante Guevara dijo, en la propia conferencia de Punta del Este, que con una tasa así Latinoamérica tardaría cien años para alcanzar el nivel actual de los Estados Unidos. Lo más grave es que ni siquiera las conservadoras metas fijadas fueron alcanzadas y ahora, a más de la mitad del camino que se trazó, la "Alianza para el Progreso" es un fracaso del que los mismos Estados Unidos quieren cada vez ocuparse menos.

Estos hechos nos inducen a volver los ojos sobre la situación actual en la América Latina para observar cómo se proyecta sobre el Continente la presencia de la revolución triunfante en la isla de Cuba. Uno de los más conocidos economistas de México, el Dr Alfredo Navarrete, en una reunión sobre los resultados de la "Alianza para el Progreso", celebrada el pasado mes de junio, en la ciudad de Guadalajara, expuso a propósito algunos datos dignos de ser aquí citados. Planteó, en primer lugar, que en 1966 el aumento del producto por habitante no llegó ni al 1 por ciento, siendo el ingreso medio de 350 dólares por año, frente al nivel de Europa Occidental que es de 1.500 dólares y de Estados Unidos y Canadá que alcanza los 3.000 dólares. Apuntó que en el sector industrial, durante el quinquenio 1960-65, el crecimiento

anual de toda Latinoamérica fue de 5.6 por ciento en promedio, lo que representó una baja con relación a los cinco años anteriores en que se elevó en 6.6 por ciento. Destacó también que de 1956 a 1965 el valor de las exportaciones latinoamericanas creció en sólo 3.9 por ciento mientras que en los países desarrollados alcanzó el 10 por ciento y en África el 15.2 por ciento, agregando que la participación latinoamericana en el comercio mundial ha disminuido de 8.6 por ciento en 1956, a 5.9 por ciento en 1965. Subrayó que en los últimos diez años Latinoamérica recibió un monto neto por concepto de capital de 14 mil millones de dólares, pero que los pagos por concepto de intereses y dividendos alcanzaron poco más de 13 mil millones de dólares, lo que indica que el capital se ha recibido en condiciones inadecuadas y no ha podido compensar las bajas sufridas en los ingresos por concepto de exportación de bienes y de servicios. Planteó en resumen, el economista mexicano, que es notable la progresiva depauperación de América Latina frente al mundo desarrollado y dijo que el ritmo de crecimiento de la región, que es muy bajo, "constituye un factor de honda preocupación" (14).

Los anteriores son algunos escuetos y fríos datos económicos, fragmentarios desde luego, pero que descubren el fracaso de un plan del imperialismo al que las clases gobernantes latinoamericanas vieron como una tabla de salvación ante el terror que les produjo el triunfo y el afianzamiento de la revolución en Cuba. Ahora puede decirse que el fracaso de ese plan refleja indiscutiblemente el fracaso de todo un sistema económico y social, al que nuestros países se han visto sometidos durante largas décadas. ¿Qué pueden, en las actuales condiciones, esperar y prometer nuestras clases gobernantes? No tienen nada prácticamente que esperar, y si de nuevo prometen algo, los pueblos, justificadamente, no les responderán sino con la incredulidad y la indiferencia. Pero va hoy las cosas van más lejos y lo que se registra es una creciente exasperación de las masas y una mayor disposición general a la violencia. Esto puede definirse mejor diciendo que hay un fermento revolucionario en acelerado proceso de desarrollo en toda la América Latina.

Algunas conciencias alertas, en los propios Estados Unidos, han venido advirtiendo claramente las características de la situación presente. Wright Mills va señaló siete años atrás, en 1960, que si por más de un siglo el hombre latinoamericano vivió fuera de la historia del mundo, las condiciones de fermento revolucionario que han surgido son "un elocuente testimonio de la voluntad del hombre de no seguir siendo siempre un objeto de explotación" y de que definitivamente el latinoamericano "está penetrando en la historia como sujeto, con ánimo de venganza, con orgullo, con violencia" (15).

Más recientemente, en septiembre del año pasado, la revista "The Nation", por su parte decía:

"Cada día que pasa aumenta la tensión en países como Guatemala, Colombia, Perú, Brasil y Bolivia. En todas partes —desde la meseta de los Andes hasta las selvas de Centroamérica— las gentes han oído demasiadas promesas. Ahora lo único que quieren es actuar, y actúan. Avanza la tormenta de una nueva explosión social. Por muy pacífica que aparezca a veces América La-

(14) Periódico "El Día", Junio 25 de 1967, México, D. F.
 (15) "Escucha, yanqui"

tina, las explosiones aquí son inevitables. Las maniobras hábiles y el aplastamiento con ayuda de la fuerza armada pueden contener la presión sólo hasta un momento dado ”

El mismo Presidente de los Estados Unidos dijo también, en febrero de 1963: “Considero que América Latina es hoy la zona más crítica del mundo”

Por supuesto, a la reacción de los Estados Unidos y de nuestros propios países se le hace muy fácil recurrir al expediente simplista de cargar a la llamada “subversión castro-comunista” la responsabilidad por la ebullición que se manifiesta a lo largo y lo ancho de nuestro Continente. En esto se debe ir por partes, para precisar bien, de un lado, la influencia positiva que ha tenido la Revolución Cubana en el despertar revolucionario de toda Latinoamérica; y de otro lado, la culpa que NO debe cargarse a Cuba por lo que está sucediendo en nuestros países.

Precisamente, ha sido un sacerdote católico, Roger Vekemans, quien en el IV Congreso Latinoamericano “Caritas” dijo el pasado mes de junio: “Las guerrillas no son fruto ni de la infiltración castrista, ni del temperamento de la juventud latinoamericana, sino uno de los primeros síntomas de la exasperación de las masas” Esto es lo que dijo Vekemans y quizás sea de interés destacar que se trata de un sacerdote belga, jesuita, sociólogo, establecido desde hace años en Chile, donde entre otras cosas es catedrático de la Universidad Católica, Asesor de la Unión Social de Empresarios Cristianos y, sobre todo, principal mentor del Partido Demócrata Cristiano.

Lo que sí es indiscutible, por lo demás, es que el triunfo de la Revolución Cubana inició un período histórico nuevo para todo el Continente. La Revolución Cubana echó para siempre por tierra los falsos conceptos del “determinismo histórico” y el “fatalismo geográfico” Dio el ejemplo de todo lo que pueden la voluntad de lucha de los pueblos y su decisión de ser libres. Enseñó que los graves problemas que sufren nuestros países tienen soluciones y que las viejas aspiraciones populares son perfectamente realizables. Muy importante, sobre todo, fue que el triunfo de la revolución en Cuba demostró a todo el movimiento revolucionario latinoamericano que la lucha por la toma del poder había pasado a ser ya una tarea histórica a la que se debía de atender de inmediato. En todos estos sentidos, la revolución triunfante en Cuba vino en la práctica a dar un vigoroso impulso nuevo a la acción revolucionaria en todo el Continente. A ello debe agregarse que Cuba también ha ofrecido su solidaridad activa a la lucha revolucionaria de todos los demás pueblos oprimidos del hemisferio.

Siendo exacto lo anterior, yo subrayaría que si Cuba sirve como ejemplo e inspiración a los demás pueblos latinoamericanos y les ofrece además su experiencia y su solidaridad, Cuba no puede dirigir ni hacer la revolución de cada uno de nuestros países. En esto no deben mentir los reaccionarios y no se deben tampoco confundir los revolucionarios. Cada pueblo hará su revolución, en su momento, de conformidad con sus condiciones propias, y siguiendo los caminos que por sí mismo se trace. De otra manera, no se puede hacer ninguna revolución. Stalin lo dijo hace muchos años certeramente, con el laconismo y la precisión que le eran características: “Cada país —afir-

mó—, si lo quiere, hará él mismo su revolución, y si no lo quiere, no habrá revolución” (16).

Ahora los revolucionarios latinoamericanos se encuentran frente a una situación general en la cual la miseria se agudiza, las masas toman conciencia de que ya no deben seguir viviendo como siempre, en tanto que las clases gobernantes aparecen sumidas en un profundo desconcierto. Claro que la situación en el Continente no es un todo homogéneo, pero sí presenta elementos fundamentales que son comunes a casi todos los países y que configuran, más o menos, una situación revolucionaria, que ya se prolonga durante varios años. Las grandes conmociones sociales caracterizan en los últimos tiempos a esta región del mundo.

Todo esto no quiere decir, ni mucho menos, que se plantee como una tarea fácil para los pueblos latinoamericanos hacer su propia revolución. No se puede dejar de tomar en consideración que si el triunfo de la revolución en Cuba fue una experiencia positiva para los pueblos y los revolucionarios de los demás países, la reacción y el imperialismo, por su parte, han sacado sus propias enseñanzas de ese acontecimiento. Esto, naturalmente, ha complicado las cosas. No en todos los casos, además, se consigue incorporar a las masas a la acción revolucionaria, las vanguardias no logran tampoco en todos los casos cumplir la función dirigente indispensable y esto determina que —hablando del fenómeno general— la situación revolucionaria no se convierta aún en revolución.

Hay una cuestión más a la que todavía quiero referirme, aunque sea muy brevemente. Es la cuestión de las discrepancias en el campo revolucionario, por lo que hace a las vías a seguir para hacer la revolución. Yo pienso que, en el marco de las condiciones que he dejado descritas, resulta explicable que esas discrepancias hayan surgido y que todavía no terminen y que, por el contrario, tiendan a agudizarse. El surgimiento de las discrepancias, por otra parte, no puede considerarse en sí mismo negativo y puede más bien ser provechoso para la marcha revolucionaria de los pueblos. Tres condiciones sí son, a mi juicio, indispensables para que esto último suceda: el respeto al derecho de los revolucionarios de cada país a trazar su propio camino; el manejo de las divergencias de manera que no se rompan las relaciones fraternales que debe haber entre legítimos revolucionarios; y la defensa consecuente de la unidad de los revolucionarios dentro de cada país y de los revolucionarios de los diversos países entre sí. La unidad, sobre todo, es el arma indispensable y decisiva en la lucha contra el enemigo común de nuestros pueblos: el imperialismo norteamericano.

Pese a todos los problemas, lo importante en estos momentos es que el proceso revolucionario en el Continente continúa desarrollándose, aunque por diferentes caminos y en distintas formas. La situación que se da en nuestros países es, en esencia, la misma que existía antes en Cuba y que allá condujo al estallido y al triunfo revolucionarios, lo cual es un factor decisivo que proporciona continuidad a la lucha de Cuba y del resto de Latinoamérica, y que hace que el proceso se presente como uno solo. Ya no cabe duda de que

(16) Entrevista con Roy Howard el 7 de Marzo de 1936.

nuestros pueblos están en marcha y que nadie podrá detenerlos. La revolución triunfante en Cuba es la avanzada del proceso revolucionario en todo el Continente y la solidaridad activa con Cuba contribuirá al triunfo futuro de nuestros pueblos.

Para concluir, cito a Benjamín Carrión, el prestigioso intelectual ecuatoriano, en esta página suya que resume el reconocimiento de todos nuestros pueblos latinoamericanos a la heroica Cuba y su revolución:

“Cuba ha encendido una luz que nadie apagará. Para Latinoamérica, sojuzgada y dependiente, era indispensable que uno de nuestros países diera el paso que ha dado Cuba, la hermana menor, la recién venida a esto que desde hace ciento cincuenta años, venimos llamando independencia. Cuba nos ha dado esa lección, nos ha mostrado cómo una voluntad de querer, es capaz de realizar el milagro. No el milagro —ya por sí sólo grande— de arrojar a un tirano a pura hombrada, a pura valentía, sino el de hacer una revolución, en el ancho y profundo significado de la gran palabra.

“Al paso le han salido, gruñentes y ladrones, los perros del imperialismo, de la falsa fraternidad americana, de la injusticia social hecha gobierno. Con guerra de mentiras, de traiciones, de hipocresía, pretenden derrotarla. Derrotar a nuestra Revolución. Pero los pueblos no están con sus gobiernos. Gobiernos de fraude, de traición. Gobiernos que sólo representan el odio y el desprecio al pueblo, al anti-pueblo.

“Desde la hora de Cuba, ya no son invencibles los ejércitos regulares al servicio de las tiranías: primera verdad que nuestros pueblos están haciendo suya. Desde la hora de Cuba, ya sabemos que a un pueblo resuelto a su justicia, no se lo derrota con mentiras, con la conjura universal de la calumnia, ejercida por las agencias sirvientes del imperialismo y por los periódicos sirvientes de esos sirvientes: segunda verdad regalada por Cuba a Latinoamérica. Desde la hora de Cuba, estamos aprendiendo que un pueblo, con su verdad, su justicia, su heroísmo, por pequeño que sea en extensión y población, no puede ser vencido por el poder económico más grande, el poder militar más agresivo, el poder político más insolente: tercera verdad, verdad de verdades, que está abriendo a nuestros países el camino seguro de la segunda independencia. Por todo ello, el pueblo de mi país, que quiere sacudirse de la tutela ignominiosa, dice: Gracias, Cuba. Gracias, Fidel” (17).

(17) Testimonio de Benjamín Carrión, incluido en el libro “Cuba: transformación del Hombre”, Casa de las Américas, La Habana, 1961.

